

De la triple presencia, la pandemia y otros demonios

Rosario Guerrero Castellanos*

Antes de comenzar a contarles un día de mi vida durante este tiempo de pandemia, quiero hablarles algunas cosas de mi para que cuando lean un día de mi vida en pandemia puedan acercarse sabiendo un poco quien soy, como es mi entorno más próximo, lo que hago ahora y lo que más me gusta, de tal manera que puedan imaginarme, recrear mi cotidianidad, sentirse cerca y disfrutar la lectura, tanto como yo disfruté de la escritura.

Mi contexto sociodemográfico

Mi nombre es Rosario, tengo 46 años, soy colombiana, madre de Tomás de un poco menos de 6 años, he vivido en Bogotá la mayor parte de mi vida, estudié Diseño Industrial y Ergonomía, y he venido desde mi especialización interesándome en el mejoramiento de las condiciones de trabajo de los y las trabajadoras colombianas en mi ser docente e investigadora desde hace un poco más de 17 años hasta hoy, en los que he trabajado de manera temporal en la educación superior privada y de manera permanente en la educación superior pública, que es mi proyecto de vida laboral.

Mis padres, fueron docentes de la educación pública en Colombia durante más de 30 años cada uno y ahora están jubilados. Con mi padre, quien vive en la misma ciudad que yo, no tengo ningún tipo de cercanía emocional en la relación padre-hija desde el fin de mi infancia, y con mi madre, con quien hablo casi todos los días por video llamada y por chat, tengo actualmente una comunicación a distancia, pero directa, clara y afectuosa; ella vive fuera del país hace un poco más de 25 años.

Tengo dos hermanos; un hermano de 54 años que vive y trabaja en Cali con quien tengo una buena comunicación y con quien hablo y me encuentro de forma esporádica y una hermana de 40 años que vive y trabaja en Bogotá, con quien hablamos y compartimos ocasionalmente, pero tenemos vidas independientes una de la otra.

Desde finales del año 2019, vivimos solo Tomás y yo, ya que con su padre decidimos terminar nuestra relación afectiva que desde hace varios años era conflictiva, dolorosa y no equitativa frente a la

*Docente Asociada - Programa de Diseño Industrial - Facultad de Artes. Universidad Nacional de Colombia (Sede Bogotá).

E-mail: rguerrero@unal.edu.co



distribución de los roles, las responsabilidades y los compromisos tanto dentro como fuera de la casa.

Esta separación, trajo consigo una transformación importante en mi manera de organizar la vida. En términos del manejo del tiempo, de los recursos económicos, de las tareas domésticas y especialmente de las tareas del cuidado, que desde entonces están en un alto porcentaje a mi cargo, ya que, los encuentros entre Tomás y su padre son esporádicos, no previamente concertados y tampoco hacen un aporte a sus tareas de atención, las domésticas, y las escolares.

Tomás, mi compañero permanente de vida y de pandemia, es un niño curioso, inquieto por su entorno, analítico y que todo lo cuestiona desde que se levanta hasta que acuesta. Es importante aclarar, que por más intentos que he hecho para que haga una siesta después del almuerzo, no he conseguido gran cosa, pareciera tener una gran reserva de energía inagotable y renovable.

Mi relación con él se ha caracterizado por tener conversaciones sencillas y complejas, que involucran aspectos de la cotidianidad, del aprendizaje, de las relaciones humanas, de la música, del juego, de la importancia del trabajo en la vida de las personas y de la familia, entre otras cosas, que ahora no se me vienen a la cabeza.

Durante el inicio de la pandemia en el año 2020, Tomás estuvo asistiendo durante un par de días a la semana de forma virtual al jardín infantil de la universidad donde yo trabajo, (que tiene 150 niños) al que fue antes de este tiempo (durante 3 años). En ese espacio, había hecho actividades lúdicas, musicales y plásticas en un grupo de nueve niños con una sola profesora para todos los espacios “la profe Lili”, que lo conocía, que había construido una relación afectiva importante con él y que llevaba un seguimiento constante de sus avances.

Al inicio del año 2021, Tomás comenzó a asistir a un colegio con modalidad semipresencial (de 2,500 niños) en donde ha tenido sesiones de clase de matemáticas, ciencias naturales, lectoescritura, verbalización y razonamiento visoespacial entre otras. Ahí, Tomás es un niño más entre diez y ocho que rápidamente han aprendido a leer, a escribir en letra cursiva como lo hice yo a su edad, a cantar y contar números e historias, a compartir los recreos y las meriendas, aun en el distanciamiento físico y con el tapabocas siempre puesto.

Un día en la mitad de la semana, 19 meses después de haber iniciado la pandemia con Tomás

Voy a describir el día de ayer, miércoles 20 de octubre de 2021. La selección del día la hice para poder contarles recuerdos frescos y seguramente más detallados de este tiempo en el que he identificado de forma nítida aprendizajes, frustraciones, angustias, satisfacciones, momentos profundos de tristeza y algunos otros sentimientos que quizá ustedes tengan mientras leen.

El martes en la noche, como todas las noches antes de dormir, puse el despertador a las cuatro de la mañana, hora en la que casi todos días comienza mi jornada de trabajo. Sin darme cuenta y después



de haberlo escuchado durante varios minutos, lo apagué para poder descansar un ratito más al lado de Tomás, que duerme conmigo todas las noches y me calienta cuando llego tarde a dormir. Me di la vuelta en la cama y seguí durmiendo hasta que comenzó a sonar de nuevo el despertador; ya eran las cinco y media de la mañana y comenzaba a amanecer. Salté inmediatamente de la cama al baño y Tomás, ya acostumbrado a hacerlo, me siguió.

Abrí la llave, coloqué un recipiente para recoger el agua que sale mientras comienza a salir el agua caliente, y mientras tanto fui corriendo a la cocina a buscar algunas cosas de ropa para ayudar a Tomás a vestirse y dejé calentando la leche para los dos a fuego muy bajo para asegurarme de que cuando saliéramos de la ducha aun no se hubiese regado y preparé dos sánduches listos para calentar cuando llegáramos vestidos al comedor unos minutos más tarde. Corrí a la ducha y Tomás ya estaba con el jabón avanzando su baño, así que yo tendí la cama rápidamente (como siempre hago), alisté la ropa de los dos y la puse sobre la cama tendida, preparé las toallas y los dos cepillos de dientes con crema para cepillarnos dentro de la ducha (Siempre lo hacemos para “aprovechar tiempo y el agua”) y entré a la ducha. Tomás ya estaba listo, así que yo tenía que darme prisa para que a él no le diera mucho frío.

Había puesto una canción en mi celular (como lo hago desde que estudiaba en la universidad) para medir el tiempo del baño y ésta terminó, así que era hora de cerrar la llave, secarnos bien y colgar inmediatamente las toallas, vestirnos rápidamente para ir a desayunar, y preparar cada uno sus cosas para comenzar clase a las siete de la mañana. Yo coloqué mi computador en el escritorio y lo encendí para iniciar mi sesión de video llamada y Tomás ubicó el suyo en un lado de la mesa del comedor mientras desayunaba en el otro. Cada uno con los útiles y con sus cuadernos sobre la mesa terminó el desayuno con prisa para no llegar tarde a la clase remota. En mi clase ya se escuchaban las voces de los estudiantes y en la de Tomás la de su profesora que es la que marca el comienzo del día de trabajo para él.

Yo comencé mi clase de “Ergonomía Organizacional” con los estudiantes de tercer semestre de Diseño Industrial. En la primera hora de clase estuve verificando los avances individuales previos a un análisis colectivo previsto para mañana viernes y en la segunda construí las conclusiones de la sesión con ellos.

El cierre de la clase coincidió con la entrada de una llamada urgente de un estudiante de la universidad que requería un poco de contención emocional. Estuve conversando con él mientras lavaba los platos del desayuno y mientras verificaba el tiempo de finalización de clase de matemáticas de Tomás y el inicio de la clase de lecto escritura revisando con cuidado que tuviera listos los útiles y los materiales.

Inmediatamente después de colgar la llamada con el estudiante, hice un par de llamadas a la universidad para canalizar la contención emocional y luego vía correo electrónico reportó el caso a la coordinación de la unidad académica para la cual trabajo.

Debía prepararme de nuevo para entrar a una clase que retomé este período académico después de 3 o 4 años de no participar en ella, así que ahora requiere de mi parte un tiempo adicional de actualización en contenidos, verificación de temas de estudiantes y evaluación. Para esto cuento con la valiosa



compañía de una colega que es experta en los temas ambientales del diseño, así que nos articulamos en la preparación y nos complementamos en los saberes. Esa clase de la que les hablo inició a las diez de la mañana y finalizó a la una de la tarde. Cada una de nosotras verificó la presencia de los equipos de trabajo y le hizo observaciones de forma remota a cada uno de los equipos de estudiantes. El tiempo calculado para acabar las verificaciones académicas se pensó coincidiendo con el tiempo dispuesto para la clase (Algunas veces es insuficiente para terminar las tareas y los objetivos propuestos).

En un pequeño espacio de receso de once y media de la mañana a 11 y 40 le preparé unas palomitas de maíz a mi hijo que la profesora había pedido para su siguiente clase, clasifiqué por color la ropa para lavar después del medio día y la puse en recipientes con agua y jabón. En ese momento se me acabó el tiempo de receso así que regresé al computador para continuar con los comentarios de los grupos que aún me faltaban. Debo confesar que en ese momento aun no era medio día y ya me sentía muy cansada.

Cuando tomé mi teléfono para consultar algunos correos electrónicos que habían llegado en la mañana y que era necesario contestar de manera urgente, vi que ya era la una de la tarde. Hice de forma rápida las conclusiones de la clase y me despedí de los estudiantes, no sin antes invitarlos a encender su cámara para tomarnos una fotografía de la sesión virtual juntos como parte de la clase y la envié a sus correos electrónicos inmediatamente.

Teníamos una hora para calentar el almuerzo, para servirlo, para comer y para prepararnos para la última clase de la tarde. Yo una clase en la Facultad de Ingeniería en la que me siento muy motivada porque siento que entre los equipos de estudiantes y de profesores mis aportes como docente de diseño y ergonomía son positivamente valorados y Tomás una clase de “Lúdicas” en la que repasarían lecto escritura a través de un juego. Así las cosas, calentamos el almuerzo que preparamos con tiempo y mucha dedicación desde el domingo tratando de asegurar una alimentación balanceada pensando en el poco tiempo que tenemos disponible para almorzar cuando trabajamos y estudiamos desde casa. Comimos rápido casi sin hablar, levantamos los platos de la mesa y en un abrir y cerrar de ojos estábamos de nuevo frente a nuestros computadores para seguir “aprendiendo” desde lejos.

En esta clase yo estuve hasta las cuatro y media de la tarde con un grupo interdisciplinario de estudiantes y acompañada con un profesor con quien comparto por primera vez una asignatura y con quien parece existir buena comunicación, complementariedad y acuerdos para la organización con los estudiantes. Eso es positivo estando en el campus, pero ahora en la modalidad remota tiene mucho más valor, porque escuchas al otro lado del computador a una persona que con su actitud docente y con su buena energía te invita a seguir “a pesar” de las circunstancias. Mientras el profesor se dirigía a los estudiantes y yo intervenía de manera puntual para complementar sus ideas, de manera paralela construía en mi computador un esquema síntesis de la sesión, respondía unos correos urgentes y hacía algunos pagos de servicios públicos próximos a vencerse.

Cuando finalizó la clase me esperaba Tomás con sus tareas de matemáticas, de lectoescritura y de otras dos asignaturas para revisar, completar con él, fotografiar y enviar al sistema de información del colegio. Entre dibujar, colorear, escribir, recortar y pegar estuvimos como hasta las 7 de



la noche. Ya se acercaba la hora límite de entrega de tareas, así que aceleramos un poco el paso y justo llegamos antes del momento del envío.

En ese momento teníamos hambre y estábamos muy cansados, así que yo preparé algo ligero para cenar, cenamos juntos y callados (creo que producto del cansancio) y él me pidió que lo acompañara a la cama mientras se dormía. Estuvimos juntos charlando un poco sobre el día, me pidió que lo abrazara, me leyó un poco de un cuento y finalmente cayó rendido. Un descanso merecido que lo prepararía para la jornada presencial de hoy, que prometía el encuentro con el aprendizaje con niños reales y en un ambiente real.

Una vez se durmió Tomás yo adelanté las tareas de lavado y tendido de la ropa que ya había escogido en la mañana, construí un esquema de referencia que les serviría a los estudiantes de mi primera clase de hoy; revise, respondí y borré algunos correos electrónicos de trabajo, hice un par de llamadas telefónicas de esas que renuevan los votos de amistad y de afecto entre las personas, escuché algunos audios de tareas pendientes para la universidad (desde hace cuatro días) y decidí irme a dormir con la idea de que “mañana será otro día” y ya pensaré una manera para resolver casa cosa. Apagué la luz, me retiré las gafas, me puse algo caliente para el frío y cerré mi día abrazando de nuevo a Tomás, quien es el que me contiene, me acompaña y me quiere siempre.

Mis impresiones

La primera impresión que quiero compartir es que no puedo explicar el cansancio acumulado de cada día. De alguna manera esperaba que, al disminuir los desplazamientos desde la casa hacia el trabajo, ese tiempo se revertiría en más y mejor producción. Eso sí lo lograba antes de la pandemia, aquellos días que podía permanecer en la casa preparando clases, planeando proyectos comunitarios en diseño o adelantando tareas de investigación, pero manteniendo una separación de los espacios; pero ahora, esta productividad se ve reducida porque todas las tareas que desempeño suceden de forma simultánea en un solo lugar: mi casa.

Ya no invierto tanto tiempo de traslado para ir al trabajo, ya no tengo horarios precisos de entrada a la universidad y de salida a la casa, por lo que mi cotidianidad se ha transformado en un espacio y en un tiempo circular. No hay horarios que me ayuden a diferenciar las facetas de la vida: *<voy resolviendo poco a poco las cosas, a veces aplazo o tomo la decisión de no hacer algunas de ellas y la mayoría de las veces no se si trabajo mientras me encargo de mi hijo o mientras me encargo de mi hijo trabajo>*.

Mi trabajo docente ocupa, ya no sólo simbólicamente como lo hacía antes de la pandemia, sino físicamente mi escenario privado, y se han desdibujado por completo las fronteras entre sus demandas y las tareas propias de la atención de mi hogar. Una de las mujeres con las que tuve una conversación telefónica hace un tiempo corto al me dijo *<no soporto trabajar donde duermo ni dormir donde trabajo>*.

Esto coincide con lo que los estudiantes han compartido conmigo de manera frecuente en clase “virtual” al decir que el computador se ha convertido progresivamente en el espacio por el que pasa



todo, las clases, las fiestas, el trabajo, las relaciones afectivas, las reuniones con los amigos, las películas y las tareas de la universidad. Todo ha quedado reducido a las pantallas.

Mi triple presencia (en el trabajo docente, en las tareas de la casa y en el cuidado de Tomás), ha traído consigo, casi de manera inevitable, la prolongación de mi jornada de trabajo todos los días con la idea de cumplir de forma satisfactoria con todas las tareas pendientes, que, entre otras cosas, casi nunca termino. La reducción de mi tiempo de descanso reparador tanto en los días laborables como en los fines de semana y en las vacaciones, la reducción de mi tiempo de ocio y de autocuidado, el tiempo que antes destinaba para compartir con amigos y el tiempo disponible para estudiar, leer novelas (que me gusta mucho), escribir de la vida y reflexionar, podría decirse que, prácticamente, ha desaparecido.

Y es que el hecho de ser mujer, madre, profesional, docente e investigadora, a lo que se une, en este tiempo de pandemia, términos como trabajo remoto, pluriempleo, inestabilidad en el trabajo, sobrecarga de trabajo e inequidad de género tanto en el escenario doméstico como en el laboral, por momentos puede resultar para muchas de nosotras agotador, frustrante y por qué no decirlo desesperanzador.

Mis reflexiones de cierre

Quiero exaltar la labor que a día a día realizan las mujeres, desde los escenarios públicos y privados, con el reconocimiento que en pocas ocasiones se realiza en el trabajo productivo, y con el reconocimiento económico y/o simbólico poco o nulo que se realiza en el trabajo reproductivo y comunitario y finalmente el compromiso que éstas muestran en la labor que realizan aun sabiendo que las brechas y las desigualdades sociales y de género siguen siendo uno de los factores que está presente en el día a día de las mujeres trabajadoras latinoamericanas.

Los invito a todos y todas a que reflexionemos desde el ámbito académico y no académico, respecto de la importancia de la triple presencia de las mujeres en el trabajo, a que escuchemos sus voces, a que participemos en las discusiones en torno de la equidad de género dentro y fuera del trabajo, a que propongamos alternativas de mejoramiento de las condiciones de trabajo dentro y fuera de casa, a que contemos nuestras historias en diferentes instancias para hacer eco en la vida de otras mujeres también resilientes y por último pensemos, construyamos e implementemos proyectos interdisciplinarios, relacionados con el tema de las condiciones de trabajo de las mujeres y su triple presencia, que pongan sobre la mesa evidencias claras que lleven a transformaciones tangibles que contribuyan con la calidad de vida de las mujeres y sus entornos.

Agradecida y afectuosa con todas las mujeres trabajadoras que inspiraron en mi este relato.



Referencias Bibliográficas

- BLANCAS Hernández, José Luis; Diana Patricia Rodríguez Pineda (2013). Concepciones sobre los usos de la tecnología en la enseñanza de las ciencias. Un análisis comparativo entre maestras y maestros de secundaria. En: *XII Congreso Nacional de Investigación Educativa*, Temática 2 Educación inicial y básica, México, pp. 1-12.
- BEECHEY, Verónica (1994). Género y trabajo. Replanteamiento de la definición de trabajo. En: Borderías Carrasco y Alemany (compiladoras). *Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales*. Barcelona. ICARIA/FUHEM.
- BORDERÍAS, Cristina y Cristina Carrasco (1994). Las mujeres y el trabajo: aproximaciones históricas, sociológicas y económicas. En: Borderías, Carrasco y Alemany (compiladoras). *Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales*. Barcelona. ICARIA/FUHEM.
- GÓMEZ Nashiki, Antonio (2014). La violencia de alumnos hacia maestros en escuelas secundarias de Colima, México. En: *Pensamiento Educativo*, Revista de Investigación Educativa Latinoamericana, Chile, 51(2), 19-34.
- GUADARRAMA Olivera, Rocío (coordinadora) (1998). *Cultura y trabajo en México. Estereotipos, prácticas y representaciones*. México. UAM/Juan Pablos Editor/Fundación Friedrich Ebert.
- GUTIÉRREZ Álvarez, Edith (2021). Representaciones sociales sobre las y los adolescentes: voces del estudiantado aprendiz de maestro o maestra en el marco de su práctica docente en la escuela secundaria. En: *Revista Educación*, vol. 45, núm. 1, Universidad de Costa Rica, Costa Rica, pp. 1-14.
- HARTMANN, Heidi (1994). Capitalismo, patriarcado y segregación de los empleos por sexos. En: Borderías Carrasco y Alemany (compiladoras). *Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales*. Barcelona. ICARIA/FUHEM.
- PALENZUELA, Pablo (1995). Las culturas del trabajo: Una aproximación antropológica. En: *Sociología del Trabajo*, N° 24. Madrid. Primavera.
- LOZANO Andrade, Inés; BRADLEY A. Levinson (2018). El docente de secundaria ante las reformas educativas en México. De apóstol a empleado desechable. En: *Actualidades Investigativas en Educación*, vol. 18, núm. 1, Enero-Abril, Instituto de Investigación en Educación, Universidad de Costa Rica, pp. 1-23.
- RAMOS Escobar, Norma (2020). Profesiones de "cuello blanco" para las mujeres: apuntes de sus orígenes en Nuevo León. En: *IE Revista de Investigación Educativa de la REDIECH*, vol. 11, pp. 1-17, 2020.
- SCOTT, Joan W (1992). Igualdad versus diferencia: los usos de la teoría postestructuralista. En: *Debate feminista*, N° 5. Año 3. México. Marzo.
- SCOTT, Joan W. (1993). La mujer trabajadora en el siglo XIX. En: *Historia de las mujeres*. Siglo XIX. Taurus.
- SIEGLIN, Veronika; RAMOS TOVAR, María Elena (2007). Estrés laboral y depresión entre maestros del área metropolitana de Monterrey. En: *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 69, núm. 3, julio-septiembre, Universidad Nacional Autónoma de México, Distrito Federal, México, pp. 517-551.
- SILVA Blass, Leila María da (1995). Género y trabajo: trayectoria de una problemática. En: *Sociología del trabajo*. N° 25. Madrid. Otoño.

